

hacia el Sur. El alquilar un carro era poco menos que imposible, y las señoras, que abandonaron cuanto tenían en el camino, lo pasaron muy mal antes de llegar á Moscou.

Pronto me hice amigo de la más joven de las dos hermanas, una señora como de treinta años, que no se quitaba el cigarrillo de la boca mientras me contaba todos los horrores del viaje. El recuerdo del hermoso buque de guerra que hubo necesidad de echar á pique á la entrada de la bahía de Sebastopol le hacía derramar lágrimas, y no se explicaba cómo podían los rusos defender á la ciudad desde tierra no habiendo murallas que merecieran este nombre.

Tenía yo trece años cuando murió Nicolás I. A la caída de la tarde del 18 de Febrero (2 de Marzo), fué cuando la policía distribuyó por todas las casas de Moscou un boletín anunciando la enfermedad del Zar, é invitando á todos sus habitantes á rogar en los templos por su restablecimiento. Ya entonces había muerto, y las autoridades lo sabían, pues había comunicación telegráfica entre Moscou y San Petersburgo; pero como previamente nada se había dicho respecto á su enfermedad, creyeron más conveniente ir preparando al pueblo gradualmente para anunciarle su defunción. Todos nosotros fuimos á la iglesia y rezamos fervorosamente.

El día siguiente, sábado, se repitió lo mismo, y todavía el domingo por la mañana se distribuyeron los referidos boletines. La noticia de su muerte no llegó á nosotros hasta el medio día, traída por algunos criados que habían ido al mercado. Un verdadero terror se apoderó de nuestra casa y de las de nuestros parientes al hacerse público el suceso. Se decía que la gente se había conducido de un modo muy extraño en el mercado, no mostrando sentimiento alguno, y usando un lenguaje peligroso. Muchos se hablaban al oído, y nuestra madrastra no se cansaba de repetir: — « No hablad delante de la gente » — en tanto que los criados cuchicheaban entre sí, probablemente refiriéndose á su próxima emancipación. Los nobles esperaban á cada momento una sublevación de los siervos, un nuevo levantamiento de Pugachoff.

En San Petersburgo, entre tanto, las personas ilustradas, al comunicarse mutuamente la noticia, se abrazaban en las calles. Todos comprendían que el fin de la guerra, así como el de las terribles condiciones que habían prevalecido bajo el poder del « déspota de hierro », se hallaban muy próximos. Se habló de envenenamiento, con tanto más motivo cuanto el cadáver se descompuso con rapidez; la verdadera causa sólo se dió á conocer gradualmente; fué una fuerte dosis de un tónico que Nicolás había tomado.

En los campos, durante el verano de 1855, la heroica lucha que se sostenía en Sebastopol por cada palmo de terreno y por cada piedra de sus dismantelados bastiones, era seguida con el mayor interés.

Un mensajero se mandaba regularmente dos veces á la semana desde nuestra casa á la cabeza de partido á buscar los periódicos, y á su vuelta, aun antes de que se desmontara, ya se le habían quitado de la mano y abierto los papeles. Elena ó yo los leíamos en alta voz á la familia, y las noticias eran en el acto transmitidas al departamento de los criados, y después á la cocina, el escritorio, la casa del cura y las de los labriegos. Las noticias que vinieron de los últimos días del sitio,

del terrible bombardeo, y, finalmente, de la evacuación de la población por nuestras tropas, arrancaban á todos lágrimas. En todas las casas de campo de las inmediaciones, la pérdida de Sebastopol, causó tanto pesar como la de un pariente cercano, por más que todos comprendían que ahora la terrible guerra tocaría pronto á su término.

X.

Fué en Agosto de 1857, teniendo ya cerca de los quince años, cuando me tocó el turno de entrar en el cuerpo de pajes, y me mandaron á San Petersburgo. Entonces era yo todavía una criatura; pero el carácter del hombre adquiere por lo general sus rasgos característicos mucho antes de lo que comúnmente se supone, y es cosa para mí fuera de duda que, bajo mi apariencia infantil, era en esa época, con poca diferencia, lo mismo que había de ser más adelante: mis gustos, mis inclinaciones, se hallaban ya determinados.

El primer impulso á mi desarrollo intelectual fué dado, como he dicho antes, por mi maestro ruso. Es una costumbre excelente de las familias rusas, costumbre que hoy, desgraciadamente, empieza á caer en desuso, el tener en casa un estudiante que ayude á los muchachos y á las jóvenes en sus lecciones, aun cuando estén en un gimnasio; pues para asimilarse mejor lo que aprenden en la escuela, y para ampliar el concepto de lo aprendido, su concurso es de gran provecho. Además, él introduce un elemento intelectual en la familia, se convierte en un hermano mayor de los niños, y á menudo aún algo mejor, porque el estudiante tiene cierta responsabilidad en el adelanto de sus discípulos, y como los sistemas de enseñanza cambian rápidamente de una generación á otra, puede hacer más en favor de aquéllos que los padres más instruídos.

Nikolai Paulovich Smirnoff tenía aficiones literarias. En aquel tiempo, bajo la bárbara censura de Nicolás I, muchas obras, completamente inofensivas, de nuestros mejores autores, no podían publicarse, y otras eran tan mutiladas, que se concluía por privar á algunos de sus pasajes más importantes de todo su interés. En la comedia de costumbres de Griboyedoff, *La Desgracia de la Inteligencia*, que puede competir con las mejores de Molière, el nombre de coronel Skalorúb, tuvo que cambiarse por el de M. Skalorúb, en perjuicio del sentido y aun del verso, porque la representación de un coronel bajo un aspecto cómico, se hubiera considerado como un insulto al ejército. Del inofensivo libro de Gógol, *Almas Muertas*, no se permitió la publicación de la segunda parte, ni una nueva edición de la primera, que hacía tiempo estaba agotada. Numerosas poesías de Pashkin, Lermontoff, A. H. Tolstoï, Ryleeff y otros, estaban condenadas á no ver la luz, sin contar aquellas composiciones que tenían algún sabor político ó eran una crítica de la situación en general. Todo esto circulaba manuscrito, y Smirnoff acostumbraba á copiar libros enteros de Gógol y Rushkin, para él y sus amigos, trabajo en el cual yo en ocasiones le ayudaba. Como verdadero hijo de Moscou, sentía una profunda veneración por aquellos de nuestros escritores que vivían en dicha ciudad, algunos de los cuales moraban en nuestro mismo barrio. Me señalaba con res-

peto la casa de la condesa Saliás (Eugenia Tour), que era nuestra vecina más inmediata, en tanto que á la del conocido desterrado Alejandro Herzen la miraba con un sentimiento misterioso de respeto profundo y veneración. La casa donde vivió Gógol era para nosotros un objeto de gran estima, y aunque yo no había cumplido los nueve años cuando él murió (en 1851), y no había leído ninguna de sus obras, recuerdo bien el sentimiento que su muerte produjo en Moscou. Turgueneff lo expresó muy bien en una nota, por cuya razón el emperador lo mandó prender y lo desterró á sus estados.

El gran poema de Rushkin, *Eughéniy Anyéghin* me impresionó poco, y todavía admiro más la sencillez y hermosura del estilo que el fondo de la composición. Pero las obras de Gógol, que leí cuando tenía once ó doce años, causaron un poderoso efecto en mi imaginación, y mis primeros ensayos literarios eran una imitación de su estilo humorístico. Una novela histórica de Zagóskin, *Yuriy Milostausky*, referente á la época del gran levantamiento de 1612, *La Hija del Capitán*, de Rushkin, que trataba del de Pugachóff, y la *Reina Margarita*, de Dumas, despertaron en mí un interés constante por la Historia. Respecto á otras novelas francesas, sólo he empezado á leerlas desde que Daudet y Zola se presentaron en escena. Las poesías de Nekrasoff eran mis favoritas desde mis primeros años, y muchas de sus composiciones las sabía de memoria.

Temprano me hizo empezar á escribir Nicolai Paulovich, y con su ayuda hice una larga *Historia de Media Peseta*, para la cual inventamos toda clase de tipos, en cuyo poder venía á caer aquélla. Mi hermano Alejandro tenía por entonces aptitudes mucho más poéticas. Escribía cuentos muy románticos, y temprano empezó á hacer versos, cosa que realizaba con admirable facilidad y en estilo verdaderamente natural y armonioso á la vez. Si el estudio de la Historia Natural y la Filosofía no hubieran después ocupado su atención, es indudable que hubiera llegado á ser un poeta de nombradía.

En ese tiempo, el lugar favorito que tenía para buscar inspiración era un tejado de suave inclinación que se encontraba bajo nuestra ventana. Lo que despertaba en mí un constante deseo de embromarlo: « Ahí está el poeta sentado al pie de una chimenea, procurando hacer versos » — solía yo decir —; y la broma venía á terminar en fiera disputa que causaba la desesperación de nuestra hermana Elena. Pero él era tan poco vengativo, que pronto se hacía la paz, y ambos nos amábamos entrañablemente. Entre muchachos, disputar y quererse van mano á mano.

Ya entonces empecé á dedicarme al periodismo. A los doce años comencé á editar un diario. Como en mi casa no abundaba mucho el papel, sus dimensiones tenían que ser modestas. Y como aun no había estallado la guerra de Crimea y el único periódico que recibía mi padre era la *Gaceta* de la policía de Moscou, no tenía grandes modelos que copiar. Por cuyo motivo la mía sólo se componía de sueltos entrecortados, anunciando las noticias del día, como, por ejemplo: « N. P. Smirnoff fué al bosque y mató dos tordos », y otras por el estilo.

Esto pronto dejó de satisfacerme, y en 1855 comencé una Revista mensual que contenía los versos de Alejandro, mis novelillas y una

especie de « variedades ». La vida económica de esta publicación estaba completamente asegurada, porque tenía bastantes suscriptores; esto es, el mismo editor y Smirnoff, quien pagaba regularmente su suscripción de tantos pliegos de papel, aun después de haberse ido de casa; por lo que yo, en cambio, sacaba con esmero un segundo ejemplar para tan fiel suscriptor.

Cuando Smirnoff nos dejó y un estudiante de medicina, llamado N. M. Pauloff, ocupó su puesto, este último me ayudaba en mis trabajos editoriales. Obtuvo para la Revista un poema, obra de un amigo suyo, y, lo que es más importante, el discurso de entrada sobre Geografía Física, por uno de los profesores de Moscou; trabajos que, por su puesto, eran inéditos, pues las reproducciones no hubieran tenido aceptación.

Creo inútil decir que Alejandro tomó un vivo interés en el asunto, y su fama llegó pronto hasta el cuerpo de cadetes. Algunos jóvenes escritores, caminando hacia el templo de la fama, emprendieron la publicación de otra Revista rival. La cuestión era seria; en poemas y novelas nada teníamos que temer; pero ellos contaban con un « crítico », y el escritor que al juzgar una nueva novela, hable de todo con libertad y desenvoltura, abordando cuestiones que no hubieran podido tratarse sin ese motivo, puede decirse que constituye el nervio de toda Revista rusa. ¡Ellos tenían un crítico y nosotros no! Aquél escribió un artículo para el primer número, el cual se lo enseñaron á mi hermano. Era algo pretencioso y de poco valor: Alejandro escribió desde luego otro en contra, ridiculizando y desbaratando la crítica de un modo violento, lo que produjo gran consternación en el campo enemigo, dando por resultado que desistieran de su empeño, viniendo la flor de sus escritores á ingresar en nuestra redacción; lo cual nos permitió anunciar triunfalmente, la futura « exclusiva colaboración », de tantos ó cuantos periodistas distinguidos.

En Agosto de 1857 tuvo que suspenderse la Revista, que ya contaba cerca de dos años de existencia. Nuevas condiciones de vida, y un cambio completo en el modo de ser de ésta se presentaban ante mí. Me alejé de casa con pesar, con tanto más motivo, cuanto la distancia que existía entre San Petersburgo y Moscou iba á separarme de Alejandro, y, además, porque ya consideraba una desgracia tener que entrar en una escuela militar.